

colectividad, quizá debido a su postura crítica frente al sistema. En este primer género se encuentra la actitud provinciana que ve en la filosofía un elemento extraño a nuestra cultura y, por ende, nocivo para la tradición propia. Otro obstáculo social es la censura, en cuanto no hay medios apropiados para socializar el conocimiento filosófico y se opta por el silencio. El otro obstáculo social es la limitación del trabajo intelectual, porque el filósofo debe trabajar como profesor. El segundo género es de obstáculos institucionales y se refiere al ámbito universitario. Allí se encuentra el investigador filosófico con el obstáculo cientificista, pues las ciencias naturales imponen sus métodos. Luego está el obstáculo ideologista, que tiene que ver con nuestra cultura y su tendencia hispanista y católica. Asimismo, es un obstáculo institucional la situación profesoral, ya que el docente no es apoyado en sus programas de investigación sino que tiene que limitarse a un oficio repetitivo de profesar conocimientos. El tercer género se refiere a los obstáculos instrumentales; son ellos principalmente la carencia de bibliotecas, la carencia de información y la ausencia de crítica. Para superar tanta piedra en el camino, Sierra Mejía propone que el filósofo se mire a sí mismo no sólo como profesor, sino como intelectual que se aproxima al público, que amplía su influencia social.

Otro ensayo de interés es el titulado "Defensa del lenguaje común". Aquí el autor parte de varios ejemplos clásicos de filósofos que han usado del lenguaje de la comunicación cotidiana para difundir ampliamente sus teorías y sus propuestas intelectuales, como es el caso de Bertrand Russell y Henri Bergson. Con el uso del lenguaje común se pretende no hacer discriminación alguna con los posibles receptores de esas doctrinas. Sin embargo, esa utilización del habla cotidiana tiene sus limitaciones: puede ser vista como un lenguaje frívolo, superficial, en cuanto difunde lo básico de la teoría filosófica pero no lo más profundo. Asimismo, el lenguaje común es

ambiguo y produce malentendidos que distorsionan el sentido de un pensamiento. Pero la principal función del lenguaje común es hacer de una teoría científica o un pensamiento filosófico un patrimonio universal que se establezca en una cultura. Por su parte, el lenguaje técnico es necesario para la discusión y la crítica en el seno de cada comunidad de especialistas. En la filosofía esto es muy visible, porque ese saber genera sus propios modos de expresión, sus jergas que chocan con los hábitos lingüísticos de la gente del común. Es muy difícil que la filosofía logre universalidad de sus términos, univocidad de su léxico, como sí la tiene la ciencia. El lenguaje monolítico y repetitivo se torna escolástico y tedioso en la filosofía; por ello de su actitud crítica emergen nuevos lenguajes.



Éstos han sido, entonces, los temas más recurrentes del libro *Ensayos impopulares* de Rubén Sierra Mejía. Una obra que nos hace un llamado filosófico a la crítica, invitación ésta que nos impulsa a mirar con cuidado esta obra, aplicando cada uno su perspectiva crítica. El filósofo caldense, aún en su sabia vejez, continúa recalando la falta de una crítica seria a nivel nacional, no solamente en lo que se refiere a la escasa producción filosófica en Colombia, sino también a las artes, las ciencias y la literatura. Quizá él se refiere a la construcción de una crítica que asuma la tarea de explorar los productos de la cultura, en su más am-

plio y universal sentido, para juzgarlos desde un horizonte intelectual bien fundamentado filosóficamente. Quizá este llamado sea para nosotros, miembros de una generación joven y a tiempo para hacer de la actitud crítica algo consustancial a nuestro ser.

JHON ROZO MILA

## El poder está en punta del fusil (¿o el fusil está en la punta del poder?)

**El juego del poder:  
historia, armas y votos**

Andrés Dávila Ladrón de Guevara  
Ediciones Uniandes, Cerec, Bogotá,  
1998, 243 págs.

El estudio de las fuerzas armadas en un país como Colombia, caracterizado por la violencia permanente en el último medio siglo y por la continuación de la guerra fría a nivel interno, aunque ésta haya terminado en el plano mundial, es indispensable para entender tanto el carácter antidemocrático del régimen político como el rol que han desempeñado —como obstáculo real al logro de una paz estable y duradera— esas fuerzas armadas en la vida nacional. No obstante la indudable importancia que las fuerzas armadas han tenido en el escenario nacional después de 1953, son pocos los estudios efectuados sobre ellas, la mayoría de los cuales padecen un evidente sesgo apologético y poco crítico, tal vez en virtud del mismo carácter que ha asumido el conflicto armado en nuestro país, en el que hasta la mayor parte de los investigadores se han convertido en portavoces de los "ciudadanos de bien" que deben apoyar "nuestras instituciones", y entre ellas las armadas, o porque incluso muchos de los investigadores expertos en te-

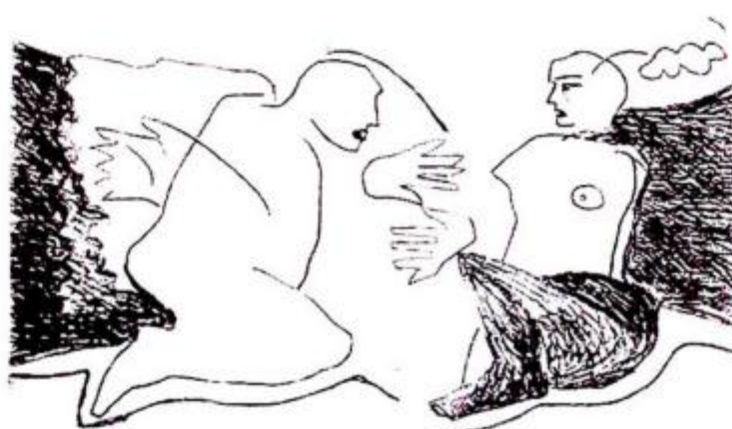


mas militares se han convertido en asesores del Ministerio de Defensa o en los plumíferos a sueldo que elaboran los discursos que leen los ministros de esa cartera.

El estudio de Ladrón de Guevara intenta llenar este vacío, planteándose como tema de investigación el papel de las fuerzas armadas desde un poco antes de 1958, cuando se iniciara el Frente Nacional. La hipótesis que se convierte en el hilo conductor de la investigación es la de que el papel de las fuerzas armadas ha estado sujeto a un sinnúmero de contradicciones y ajustes institucionales a las diversas coyunturas, sin que se pueda decir con certeza que su papel ha sido idéntico en todos los momentos de la vida política nacional desde la instauración del Frente Nacional. Además, nos dice el autor, el papel desempeñado por las fuerzas armadas no puede ser entendido al margen de la evolución del Estado colombiano, caracterizado por su debilidad y precariedad, así como por la convivencia de violencia y democracia restringida (pág. 25).

El estudio está dividido en tres grandes capítulos. El primero analiza el tema de las relaciones entre régimen político, Estado y democracia y la particular ubicación que en esa relación se puede hacer del caso colombiano. Este capítulo tiene, sobre todo, la intención de clarificar la conceptualización básica que se utilizará a lo largo del análisis. Acudiendo a diferentes tradiciones de la ciencia política se discute y define el alcance de las nociones de régimen político y democracia (págs. 36-41), para entrar a considerar la situación colombiana, la que es caracterizada como "un régimen limitado sujeto, en el período más cercano, a una coyuntura de cambio que puede ser caracterizada como de viraje hacia la consolidación democrática" (pág. 49). Esta conclusión preliminar no deja de ser problemática, si se tiene en cuenta que, aunque el autor ha hecho un seguimiento preliminar sobre las tesis que consideran a Colombia una democracia restringida, con un Estado débil y con predominio de los intereses privados en el

manejo de la cosa pública, así como de corrupción de los partidos, etc., no queda claro del todo en qué consiste eso que él denomina "viraje hacia la consolidación democrática", con los evidentes problemas que se han hecho palpables en la actualidad con referencia a la Constitución de 1991, que no terminaron con la exclusión política de importantes sectores de la opinión pública nacional, que es además uno de los factores que atizan el conflicto armado en Colombia.



De la misma forma, es muy problemático identificar la imposición del modelo neoliberal —que coincide en todos los aspectos con la promulgación de la Carta constitucional hace más de un decenio— con la generalización democrática, si se tienen en cuenta las consecuencias negativas en los planos social y económico que ese modelo ha generado. Aunque líneas abajo el autor matiza su análisis considerando el carácter contradictorio de la consolidación democrática, incluyendo la mención al clientelismo, reafirma su idea de que "*Colombia ha vivido, desde 1958, un largo y lento proceso de consolidación democrática*" (pág. 51, subrayado nuestro), lo que hace todavía más discutible su análisis. Es muy difícil, si se conoce medianamente la historia contemporánea de Colombia, sobre todo durante el Frente Nacional, llegar a sostener que la democracia se ha ido consolidando en forma irreversible, desconociendo el carácter antidemocrático del proceso político colombiano tanto durante el Frente Nacional como en tiempos más recientes, lo que se pone de manifiesto en la generalización del exterminio físico de un gran sector de la izquierda y la persecución de aquellos sectores

democráticos que denuncian la constante violación de los derechos humanos en nuestro país. Y tan álgido problema de la realidad nacional no se soluciona con argucias lingüísticas, como aquella que postula que en Colombia se ha pasado de un régimen democrático "excluyente a uno más incluyente" (pág. 52). Lo que uno puede preguntarse es incluyente de qué o de quiénes, cuando hoy se observa el mismo bipartidismo de siempre y la corrupción y el saqueo de las arcas del Estado han alcanzado niveles sin precedentes, al mismo tiempo que Colombia es uno de los países del mundo donde más se burlan los derechos humanos y donde más crímenes políticos se cometen en el planeta.

Luego se considera la relación entre régimen político, democracia y fuerzas armadas, con el fin de ubicar los alcances y límites del estudio. Para el autor, en el marco de estas relaciones se debe considerar la evolución institucional y el cambio constante en la relación entre civiles y militares (pág. 56). Para estudiar estas relaciones, el autor recurre al empleo de las nociones de subordinación, autonomía, profesionalización y politización, las que se constituyen en el eje conceptual sobre el que se va a estructurar el análisis cronológico que se efectuará a lo largo del libro. La subordinación implica la sujeción de las fuerzas armadas al régimen de democracia restringida; la autonomía supone la adopción de determinaciones específicas institucionales que tienen incidencias en el plano político; la profesionalización está relacionada con la consolidación de aquellos aspectos institucionales típicos de lo militar (espíritu de cuerpo, disciplina, jerarquía, orden, etc.); la politización tiene que ver con la creciente injerencia de los militares en la política de un Estado determinado. En la última parte de este primer capítulo, basándose en las nociones previas, el autor analiza a grandes rasgos la manera como en el caso de las fuerzas armadas en Colombia se ha dado una evolución particular y como se entrelazan y relacionan con-



trascriptoriamente subordinación y autonomía y profesionalización y politización. Éste es un proceso lleno de tensiones, como resultado de la diversidad de intereses de las fuerzas armadas y su papel protagonista, por ser un "enclave autoritario", en el mantenimiento del orden por medio del uso de la violencia, aunque, nos dice el autor, no "llegan a convertirse en una amenaza cierta [?] a la reproducción del régimen bajo las actuales circunstancias" (pág. 71).

El segundo capítulo se ocupa del tema de la evolución institucional de las fuerzas armadas en Colombia, para lo cual se hace un seguimiento de las leyes, normas constitucionales y la manera como allí aparece registrado el papel de las fuerzas armadas. Este capítulo se complementa con los Anexos sobre las fuerzas armadas en la Constitución colombiana, donde se traza un cuadro comparativo entre las Constituciones de 1886 y de 1991 en diferentes aspectos relacionados con el rol de las fuerzas armadas (págs. 199-231). En general, este capítulo es principalmente de tipo descriptivo sobre las transformaciones y permanencias de la normatividad en torno a las fuerzas armadas.

El tercer capítulo se ocupa de analizar la evolución histórica de las fuerzas armadas en el período 1958-1994, centrándose en los procesos de subordinación y autonomía existentes entre civiles y militares. Este período es subdividido en cinco fases: 1958-1965, subordinación implícita y autonomía desarrollista; 1965-1977, subordinación explícita y autonomía represiva; 1977-1982, subordinación mínima y autonomía consolidada; 1982-1989, subordinación obligada y autonomía clandestina; y 1989-1994, subordinación objetiva y autonomía especializada. De manera sintética se analiza en cada fase la tensión existente entre subordinación y autonomía, considerando los principales acontecimientos de la acción militar en cada una de las fases estudiadas. Tal vez lo único que pueda considerarse novedoso sea la terminología empleada para caracterizar

los respectivos momentos de la conducta de las fuerzas armadas y sus relaciones con el Estado, porque ni desde el punto de vista documental ni en cuanto reconstrucción factual de los procesos hay grandes aportes ni contribuciones significativas. En esta parte del trabajo, la sensación que queda en el lector es que Ladrón de Guevara se limitó a hacer un resumen más o menos convencional sobre los hechos más conocidos del papel de las fuerzas armadas en la vida política colombiana desde la caída de Rojas hasta el fin del gobierno de Gaviria, a partir de fuentes secundarias.



Del análisis de este capítulo, así como del epílogo del libro, se concluye que las fuerzas armadas han desempeñado un papel complejo y contradictorio, convirtiéndose en uno de los principales protagonistas en el proceso de democracia restringida que ha predominado en el país, o, en términos del autor, "han sido sostén institucional de una democracia estrecha y obstáculo complejo en los intentos por lograr su consolidación" (pág. 175). Aunque en el análisis y descripción que el autor ha hecho a lo largo del último capítulo se puede observar el alcance de la autonomía de las fuerzas armadas, en un aspecto tan crucial como el del control del orden público y la política contrainsurgente, sin embargo, queda la sensación de que Ladrón de Guevara no saca todas las conse-

cuencias de su análisis en cuanto al papel protagonista y decisivo de las fuerzas armadas en la continuación de la guerra y su interés real en que ésta se mantenga, teniendo en cuenta su privilegio como cuerpo y los beneficios que le reporta la prolongación indefinida del conflicto armado interior. No hay al respecto ningún tipo de consideración sobre los vínculos existentes entre las fuerzas armadas y el surgimiento de organizaciones paramilitares como una nueva estrategia de guerra del Estado colombiano. Tampoco se consideran las circunstancias más recientes sobre las continuas derrotas del ejército colombiano y sus repercusiones tanto en el Estado como en diferentes sectores de los partidos y de la sociedad colombiana. A este nivel, el libro se queda en el plano de consideraciones puramente formales (como la renuncia de Fernando Botero como ministro de Defensa durante el gobierno de Samper o el impacto del Proceso 8000 y la crisis de ese gobierno y su impacto en las fuerzas armadas) pero no ahonda en cuestiones esenciales para comprender el creciente influjo de las fuerzas armadas en la vida colombiana. Entre estas cuestiones habría que considerar —y esto no agota, desde luego, el tema— aspectos como los relacionados con la continua violación de los derechos humanos; las razones por las que, a pesar de no presentar resultados favorables en su lucha contra las fuerzas de la insurgencia, las fuerzas armadas siguen contando con el apoyo no sólo del Estado sino de los partidos y de los gremios; y, en fin, el creciente papel que desempeñan las fuerzas armadas en la vida colombiana actual (tienen noticiero de televisión, emisoras propias, ha aumentado el número de brigadas móviles, se han militarizado distintos aspectos de la vida cotidiana, etc.).

El libro aquí comentado se reduce al recuento de las relaciones entre las fuerzas armadas y el poder civil, pero no profundiza en el estudio del rol estratégico que hoy desempeñan aquéllas en el diseño de la nueva política contrainsurgente



del Estado colombiano. Para completar, el texto es de difícil lectura porque abusa de las citas a pie de página y tiene un estilo muy pesado y por momentos esquemático. Esto en razón de que tiene más el estilo y la estructura de una tesis que la de un libro, lo que produjo un texto árido y acartonado, muy poco atractivo para el lector común y corriente. Fue un libro escrito para especialistas en el tema, y pare de contar.

RENÁN VEGA CANTOR  
Profesor titular,  
Universidad Pedagógica Nacional

## Qué es el almendrón

### ¿Para dónde va Colombia?

Hernando Gómez Buendía  
(compilador)

Tercer Mundo Editores-Colciencias,  
Bogotá, 1999, 258 págs.

¿Qué es el *almendrón*, o qué se pretende significar con este término?

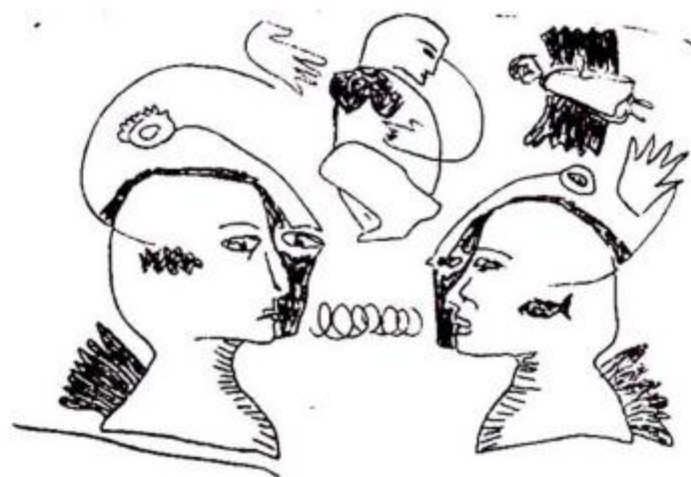
Se le define como “el modo de organización social que está debajo de esta realidad ambivalente y alucinada...” (Colombia) (pág. IX). Más adelante se precisa la “tesis básica del almendrón: que en Colombia las racionalidades individuales ahogan la racionalidad colectiva” (pág. X).

Como aclaran los autores, lo que se pretende con la hipótesis del almendrón es hacer un tipo de predicción (basada en los datos de la ciencia social) sobre el futuro o el destino de Colombia, digamos en el próximo decenio.

Para ello se constituyó un equipo de analistas, provenientes de las más distintas disciplinas, pero donde predominan los científicos sociales (economistas, altos funcionarios y ex funcionarios del Estado colombiano, historiadores, antropólogos y por supuesto, sociólogos, entre otros). En total, veintitrés o veinticuatro intelectuales colombianos (ningún

extranjero, aunque figuren apellidos como Langebaeck y Thoumi). En la página VII se dice que este libro “no es la relatoría más o menos fidedigna de algún taller o encuentro entre colombianistas”.

Siguiendo a Parsons (1973, “La Universidad Americana”), lo que caracteriza a los intelectuales de una nación, aparte de tener cierta cultura o educación universitaria, es la preocupación por la “definición de la situación de la sociedad”, lo cual los convierte en unos “generalistas”, por oposición a quien se entrega a una labor intelectual o disciplina especializada en el campo del conocimiento.



Y la verdad es que el autor más importante de este libro, el compilador de los distintos ensayos y propuestas, el señor Hernando Gómez Buendía, es un ejemplo típico de “intelectual” en este sentido: economista, abogado, sociólogo y filósofo; educado no solo en Colombia sino en el exterior, con dominio del idioma inglés; autor de varios libros y publicaciones; miembro del partido liberal colombiano (lo cual no se menciona entre sus créditos) y funcionario del Estado (como director del proyecto “Conocimiento, desarrollo y construcción de sociedad. Una visión prospectiva para Colombia”, auspiciado por Colciencias).

Aunque parezca obvio, creo que es importante resaltar que todos y cada uno de los integrantes de este grupo de intelectuales pertenecen a una “cultura secular”, dominada por la ciencia; es decir, no tienen lazos visibles con el mundo de la religión (salvo Fals Borda, quien de todos modos actúa aquí como miembro de la academia y no como miembro de su grupo religioso). Este hecho puede ser

interpretado como un signo del proceso de secularización que atraviesa el tipo de sociedad en que vivimos.

Los autores identificaron siete problemas de la actual situación colombiana, en su orden: el narcotráfico, la violencia, el déficit de legitimidad (del Estado), la inserción (de Colombia en el mercado internacional), la pobreza (de la mayoría del pueblo, o de una buena parte de él), la integración nacional (o centralización vs. descentralización), y el medio ambiente. Esta lista podría ser mayor (si le agregamos temas como el de la educación superior, por ejemplo), o menor (si se reorganizaran las “entradas” o categorías; por ejemplo, el asunto de la falta de legitimidad del poder estatal puede relacionarse en todos y cada uno de los restantes seis ítems); pero se decidió dejar este número.

Miremos con lupa lo que se dice aquí acerca del tercer problema más importante que enfrenta nuestro país, según la perspectiva de Hernando Gómez Buendía *et al.*: El déficit de legitimidad de nuestras instituciones, y particularmente del Estado como órgano de la actividad política de la nación:

*Los colombianos creen y confían poco en las instituciones formales (es decir, la ley escrita y los órganos estatales que la producen o aplican). Esta falta de legitimidad tiene algunas de sus confirmaciones más agudas en la violencia y en el narcotráfico (pág. 29, subrayado mío).*

*La sociedad no se reconoce en la política, y la política no se reconoce en el Estado: en esto finalmente consiste nuestro problema de legitimidad (pág. 30, subrayado mío).*

Si los colombianos no creemos ni confiamos (o confiamos poco) en la legitimidad del poder estatal, el problema no es de las instituciones, sino de los ciudadanos, individualmente considerados, pues son ellos los que tendrían que cambiar su actitud ante unas instituciones legalmente constituidas.